

generación que ha nacido desde que se publicaron por primera vez. Mientras que de los de Jeffrey se han vendido dos ediciones y cuatro de los de Sidney, los míos están reimprimiéndose por séptima vez. Luego en cuanto á mi Historia, no hay cambio aún en la opinión pública de Inglaterra. Los Estados Unidos, Francia y Alemania confirman el juicio de mi propio país. He visto no menos de seis artículos alemanes, todos laudatorios en grado sumo. He ahí una respuesta suficiente á los detractores que atribuyen el éxito nacional de mi obra al arte con que he hablado á sentimientos puramente locales y temporales. Yo tengo la conciencia de no haber tratado de dirigirme á tales sentimientos, y de haber escrito con la vista fija siempre en un pasado remoto y en un remoto porvenir. El aplauso de Charleston, de Heidelberg y de París ha llegado hasta mí esta misma semana; y esa unanimidad entre hombres tan distantes, me lleva á creer que he dado cima realmente á la alta empresa que acometí, y que he hecho algo que vivirá. ¡Cuánta palabrería! Pero, en el día de su cumpleaños, hay que dispensarle á uno que mire hacia atrás y hacia adelante.

No hice toda mi tarea; pero tengo que coser un gran retazo de púrpura (1), y necesito tomarme tiempo. He tenido una alegría al saber el nombramiento de Milman para la iglesia de San Pablo—una alegría tan sincera como si me hubiesen dejado un buen legado.

5 de Diciembre. — He comprado el nuevo volumen de Thiers, y le leí en la calle. Está bastante bien en lo de Vimiera y Coruña, y es justo con los oficiales in-

(1) El socorro de Londonderry.

gleses, aunque no tanto con los soldados rasos. Después de comer he vuelto á leer á Thiers, y le he concluido. Temo decir á otras personas cuánto me dejan que desear historiadores que pasan por buenos. La verdad es que yo no admiro más historiadores que Heródoto, Tucídides y Tácito. Quizá en su género, un género muy especial, puedo añadir Fra Paolo. Los escritores modernos que poseen la mayoría de las grandes cualidades de los antiguos maestros de la Historia, son algunos escritores de Memorias; por ejemplo: Saint Simon. Tienen mérito, sin duda, Hume, Robertson, Voltaire y Gibbon. Pero no es esa la cosa. Yo tengo una idea de la Historia más justa, en mi sentir, que la suya. La ejecución es otro asunto. Pero yo espero mejorarla.

En una carta de 19 de Diciembre de 1849 escribe Macaulay: «Lord Spencer me ha invitado á hojear sus papeles de familia: una gran prueba de liberalidad, cuando se considera que es descendiente directo de Sunderland y de Marlborough. En general es risible ver lo que cuesta á los hombres el que se diga la verdad sobre sus antepasados. Tengo curiosidad de ver esa hermosa biblioteca, la más hermosa, creo, de las bibliotecas particulares de Inglaterra.»

20 de Diciembre. Althorp.—En esta casa son muy madrugadores. Almuerzo á las nueve, precedido de oraciones en la capilla. Llegué á ella con el tiempo contado. Después de almorzar fui á la Biblioteca. A la primera ojeada vi lo vasto de la colección. Me servía de cicerone Mr. Appleyard. Aunque no muy dado á admirar las simples curiosidades de las bibliotecas, me recreé contemplando los antiguos ejemplares del arte tipográfico hechos en Maguncia, los *Caxtons*, el *Homero de Florencia*, los *Aldus*, el célebre *Bocaccio*.

Miré con interés particular las dos ediciones de *Chaucer*, por Caxton, y el prólogo de la última. Lord Spencer se lamentaba de ignorar, por su educación marina, muchas de las cosas que saben los literatos, y me dijo que el principal placer que debía á su biblioteca provenía del que sacaban sus amigos. Dijo esto tan sincera y bondadosamente, que era imposible no inclinarse ante su superioridad en una cosa más importante aún que las letras. Me recordó á su hermano, mi antiguo amigo y jefe.

21 de Diciembre.—Hoy, después del almuerzo, me senté á trabajar. Appleyard me enseñó la sección de folletos y caí sobre ella con bríos. Hay aquí una gran colección de folletos, que fueron propiedad del general Conway. Los volúmenes relativos al reinado de Guillermo no bajarían de catorce ó quince, con una docena de folletos, por lo menos, cada uno. Algunos tengo yo, y otros los conozco del Museo Británico. Pero existían varios que nunca había visto, y tuve ocupación abundante, útil y grata durante cinco ó seis horas. Llené de notas varias hojas de papel. Aunque á mí no me gusta la sociedad de las casas de campo, pasé agradablemente la noche. A la verdad, cuando la gente es tan bondadosa y tan honrada, sería brutal no complacerse en su trato. Hoy mandé diez libras á la familia del pobre\*\*\* No me quejo de tales gastos; pero necesito ahorrar en otras cosas para hacer frente á ellos.

26 de Diciembre.—Compré *Rebeca y Rowena*, de Hackeray, una linda y hábil humorada; pero no sé si todos saborearán el humorismo como yo. Le deseo éxito con toda el alma. He acabado la *Vida de lord Sidmouth*. Me parece que Addington tenía más arranque del que yo le había concedido. En cuanto á lo de-

más, era de inteligencia limitada y más imbécil que todos los que han ocupado tales puestos desde la Revolución. Lord Sidmouth hubiera podido ser una alta figura, si hubiese seguido siendo *Speaker* veinte años más. Hubiese dejado entonces un nombre tan respetable como el de Onslow. El tenía excelentes prendas para esa clase de funciones. Pero su repentina elevación al más alto puesto del Estado, no sólo puso de manifiesto su incapacidad, sino que le desvaneció. Empezó á tenerse en mucho en el instante mismo en que todo el mundo empezó á tenerle en poco. Hacia el fin de su vida se le ve quisquilloso, pagado de su dignidad personal, esperando que se le consulte, propenso á sentirse de cualquier preterición. Eran, en mi sentir, las consecuencias de habersele colocado en un puesto superior á sus fuerzas. No me sorprende el desprecio que Pitt sintió por él; pero desdecía de Pitt el irritarse.

27 de Diciembre.—Tiempo desagradable y noticias desagradables. \*\*\* se halla apurado otra vez. Le mandé 50 libras y mandaré lo mismo á \*\*\*, que no lo pide. Pero no puedo menos de sentirme contrariado. Por este año se han ido todos los frutos de mi obra. Todo lo que podré hacer será salir pie con bola sin tocar al capital. En el interin, la gente que conoce mis rentas é ignora mis gastos, no tiene escrúpulo en importunarme con suscripciones y peticiones de socorros.

Leí las *Memorias* de Romilly. Hombre excelente; pero demasiado estoico para mi gusto. A mí me agrada un poco de elemento epicúreo en la virtud.

12 de Enero de 1850.—Fuí al Museo, y estreché la mano á Peel. Anduve de negocios... negocios de oficina. ¡Si fuesen de otra clase! Volví á casa y trabajé

algunas horas medianamente. No cabe duda de que lo que estoy escribiendo exigirá mucha corrección; pero en lo esencial creo que sirva. ¡Qué poco se estudia ahora el arte importantísimo de hacer transparente la expresión! Apenas hay un escritor popular, excepto yo, que pienso en ello. Muchos parecen proponerse ser oscuros. En un sentido puede que acierten, porque muchos lectores dan por profundo todo lo que es obscuro y llaman superficial á todo lo que es ininteligible. Pero ¡*corragio!* y pensemos en el año 2850. ¿Dónde estarán entonces vuestros Emersons? Pero Heródoto será leído aún con deleite. Debemos hacer lo mejor que podamos para ser leídos también.

Una carta de Campbell dándome la noticia de que soy un consejero honorario de Lincoln's Inn. Quedo complacido y regocijado (1). He leído algunas de las *Vidas* de Campbell. Respecto al talento de Thurlow, es injusto á todas luces. Es ocioso discutir dotes de inteligencia reconocidos por una generación de hombres competentes. Thurlow se halló en la Cámara de los Comunes frente á Fox y Burke, é hizo allí un gran papel. Dominó en la de los Loes, á despecho de Camden, Mansfield y Loughborough. Su talento fué reconocido por los escritores del *Rolliad* y hasta por Peter Pindar (2). Ya es demasiado tarde para negársele.

28 de Enero. — Acabó Jeffrey. ¡Caro amigo! Le quería tanto como es fácil querer á un hombre que pertenece á una generación anterior. ¡Y qué bueno y generoso fué para mí! Su bondad era tanto más pre-

(1) La propuesta de Macaulay para ese alto honor, partió del magistrado Knight Bruce, que había sido uno de sus más resueltos adversarios en la Cámara de los Comunes durante las grandes controversias de 1832.

(2) Pseudónimo adoptado por el doctor John Wolésti.— N. DEL T.

ciosa cuanto que no podía ser mayor su perspicacia. Su mirada os penetraba de parte á parte. No se le escapaba una falta de gusto, una flaqueza, una ridiculez; y, sin embargo, os quería como si hubiese sido el hombre más ciego de Inglaterra. Tenía un corazón mucho mejor que el de Sidney Smith. No quiero decir que Sidney flaquease en este sentido. Respecto á talento, podría decirse que el de Jeffrey era superior, pero el de Sidney más raro. Yo hubiera preferido ser Jeffrey; pero habrá varios Jeffrey antes de que haya un Sidney. Después de todo, la muerte del querido Jeffrey apenas se presta á lamentaciones. ¡Dios me conceda morir así! Cargado de años; cargado de honores; facultades lúcidas y afectos calurosos hasta el fin, llorado por el público y por muchos amigos particulares de valer. Esa es la eutanasia.

He comido en casa y he leído por la noche la carta de Rousseau al arzobispo de París y la carta á D'Alembert. No obstante mi aversión á la persona, no puedo negar que tenía gran elocuencia y vigor de pensamiento. Sin embargo, no me recrea, y para mí un libro que no es ameno, carece de la más alta de las recomendaciones.

19 de Febrero. — Fui con Ana al estudio de Richmond para ver mi retrato. El parecía intranquilo y excitado; pero al fin, cuando presentó su obra, Ana la declaró excelente. Yo no soy juez del parecido, pero la cara es característica. Es la cara de un hombre de gran inteligencia, de gran resolución y sinceridad y amante del placer. No deja de tener semejanza con el semblante de Fox en la expresión general. Estoy plenamente satisfecho de tener tal fisonomía. Volví á casa, y conté mis libros. Los que están á la vista se elevan en números redondos á 6.100. Detrás hay va.

rios centenares, principalmente novelas. Puedo evaluar toda la colección en 7.000, por lo menos. Probablemente subirá á 10.000 á la expiración de mi alquiler de este cuarto, si es que no expiro yo antes, lo cual me parece muy verosímil. Es raro lo insensible que me he vuelto al temor de la muerte; y eso que gozo mucho de la vida. He recorrido algunas *baladas* españolas, y me llamó la atención la superioridad de las versiones de Lockhart sobre los originales.

2 de Marzo. — Me dió pena oír en Westbourne Terrace que \*\*\* está profundamente impresionado por el fracaso del retrato que ha hecho de mí (1). Lo siento mucho. Parecía una buena persona y un pintor agradable; y yo simpatizo mucho con los sentimientos de los artistas cuya existencia depende de sus éxitos. Por mi parte, he tenido tan pocos frenos para mi vanidad como la mayoría de los hombres; pero he sentido los bastantes para aprender simpatía. He estado leyendo una obra titulada *Los Gentilshombres Chasseurs*. El antiguo régimen hubiese sido una buena cosa si el mundo hubiera sido hecho sólo para los señores, y si los señores hubieran sido hechos sólo para cazar.

3 de Marzo de 1850. — Comí en palacio. La reina estuvo muy amable conmigo. Habló mucho de mi obra, y confesó que no tenía nada que decir en defensa de su pobre antepasado Jacobo II. «No antepasado de vuestra majestad — dije; — antecesor de vuestra majestad.» Supongo que no fué una corrección descortés. En mi intención era un cumplido, y como tal pareció tomarla.

En el año 1839 Macaulay comió en palacio por primera vez, y describió su convite en una carta á sus

(1) No se refiere al retrato de Mr. Richmond.

hermanas. «Todos hablábamos cuchicheando. Fui presentado; me arrodillé; besé la mano á su majestad; tuve el honor de conversar con ella unos dos minutos, y la aseguré que en la India hacía calor y que yo disfrutaba allá de buena salud.» Ya puede suponerse que Macaulay no era aficionado á una sociedad donde se creía obligado á condensar sus observaciones en dos minutos y á hablar todo lo más bajo posible. Pero, á la verdad, lo atado que se encontró se debía principalmente á su inexperiencia de la vida cortesana; y andando el tiempo, empezó á comprender que la mejor manera de hacerse agradable era hablar allí como hablaba en todos lados. Antes de que pasase mucho tiempo, una dama que solía verle á menudo en palacio, ya como miembro del gabinete, ya como particular, escribe: «Era muy interesante oír á Mr. Macaulay, con su infinito caudal de anécdotas y conocimientos.»

11 de Marzo. — Escribí la llegada de las noticias del Boyne á Whitehall. Voy despacio, pero creo que muy bien. No hay muchas semanas en que no escriba bastante para llenar siete ó ocho páginas de impresión. La regla de no continuar nunca cuando no brotan espontáneamente las ideas, no serviría para todos los hombres ni para todas las clases de trabajo. Pero es lo mejor que puede hacer quien, como yo, no está atado al tiempo, no escribe por dinero y desea interesar y recrear á lectores á quienes por lo común repele la historia. ¿Cómo puede esperar un hombre que otros se recreen en leer lo que á él le parece insípido componer?

Todavía el viento Nordeste. ¡Qué días aquellos en que N. E. y S. O. era todo uno para mí! Sin embargo, tengo compensaciones, y hay que estar contento; y lo

estoy, aunque alguna que otra vez respingue un instante.

25 de Marzo.—Me he atormentado en ver lo que haría con una carta de ese pobre Roberto Montgomery. Me ha escrito suplicándole que le libre de la picota. He escrito dos veces la respuesta. Era muy difícil dar en el hito: rehusar toda concesión sin nueva ofensa, y defender la aspereza de mi artículo sin nueva aspereza.

15 de Abril.—Después del almuerzo me puse á escribir sobre la conspiración de los jacobitas en 1690. Es un capítulo arduo. Hacen que la narración se desarrolle, como es debido, brotando cada parte, naturalmente, de la que le precede; hacer ir y venir á los lectores por el canal de San Jorge, sin distraer su atención, no es cosa fácil. Sin embargo, puede hacerse. Yo creo que este arte de la transición es tan importante ó casi tan importante para la historia, como el arte de la narración. He leído el último tomo de *Clarisa*, que no había abierto desde mi viaje de la India. Casi lloré amargamente.

27 de Abril.—Fuí á Westbourne Terrace, y pasé una hora jugando con Alicia, una compañera de juego muy lista y atractiva, á mi ver. Yo era Dando en una pastelería, y luego en una ostrería (1). Después fuí un ladrón de perros, que había quitado á la niña el suyo, Diamante, mientras ella estaba jugando en los jardines de Kensington, y que iba por la recompensa anun-

(1) En la última generación no habrá uno entre cincuenta que haya oído el nombre de Dando: protagonista de cien baladas, que era llevado á los tribunales dos veces al mes, por lo menos, por negarse á pagar la cuenta después de atracarse en una ostrería.

ciada en el *Times*. ¡Querida criatura! ¡Cómo se abrazan tales seres á nuestros corazones!

Comí con Inglis. Handige contó algunas cosas buenas de campaña, y, entre otras, la frialdad con que habló el duque de un valiente oficial de Estado Mayor á quien mataron por exponerse temerariamente. «¿Qué tenía él que hacer allí? No citaré su nombre. Yo enseñaré á los oficiales que, muertos ó vivos, no serán elogiados, si tiran su vida.» Guillermo III en persona (1).

Longman da una cuenta magnífica de la venta de mis obras. Se ha acabado la sexta edición de la *Historia*. Esto hace 22.000 ejemplares.»

9 de Mayo.—Fuí al Museo Británico. Pusimos á Peel en la presidencia. Tiene mucha expedición. Es un hombre excelente para el despacho de asuntos. Vamos deprisa.

14 de Mayo.—Fuí al Museo. Peel llevó su proyecto de informe. Admiro la claridad y prontitud con que hace tales cosas. Lo que hace allí corre parejas con lo que hace en el Parlamento. El y yo marchamos juntos á maravilla.

1.º de Junio.—Comí con Peel. ¡Qué cosa más rara (2)!

(1) Walker fué tratado con menos consideraciones. Guillermo le juzgó un entrometido que había sido bien castigado por exponerse sin ninguna necesidad, y expresó esa opinión con marcado desabrimiento en el campo de batalla. «Señor—dijo uno del séquito—han matado de un tiro en el vado al obispo de Derry.—¿Qué tenía que hacer allí?—refuofuñó el rey? «Véase igualmente, en el capítulo XXI de la *Historia*, todo el párrafo que contiene la reseña de la muerte de Mr. Godfrey en el sitio de Namur.

(2) La rareza consistía en el hecho de comer Macaulay bajo el techo de Sir Roberto Peel. Una vez, por lo menos, había encontrado antes á su antiguo adversario en la casa de un amigo común. 2 de Abril (1839).—Comí en casa de Inglis, y vi á Peel.

Tres semanas después partió Macaulay para su expedición á Glencoe y Killiecrankie.

3 de Julio.—Cuando entrábamos en Glasgow, lei en un despacho de periódicos: «Muerte de Sir Roberto Peel.» Me sorprendí en extremo. Gracias á Dios, yo le había estrechado cordialmente la mano, después de nuestras acometidas (1).

4 de Julio.—La muerte del pobre Peel en el *Times*. Me ha afectado mucho más de lo que yo hubiera creído. Murió en el comedor. Allí comí con él por vez primera y última hace cosa de un mes. Si se le hace entierro público, no dejaré de acompañar su féretro. Lejos estaba yo de pensar en otra época que lloraría su muerte.

28 de Julio.—Mi reseña de los Highlands sale pasablemente. Mañana la copiaré y empezaré á limar. ¡Lo que me habrán dado que hacer estas pocas páginas! La gran cuestión es que, después de tanto trabajo, todo aquello parezca dicho tan fácilmente como si se tratara de una conversación de sobremesa. Veremos.

Estuvo bastante agradable; no habla brillantemente, pero sí de una manera fácil y desenvuelta, con cierta propensión en privado, como en público, á ocuparse de su persona. Nos enten imos muy bien. Sólo recuerdo lo que contó de la exceciva timidez de Sir William Scot para hablar en el Parlamento. «Mi querido y joven amigo, ¿qué tal la Cámara? ¿Está allí Broughan? ¿Parece muy fiero?»

(1) «Difícilmente conoceré la Cámara de los Comunes sin Sir Roberto Peel... Le estoy viendo ahora; oigo todos los tonos de su voz; y la pena con que pienso que no los volveré á oír sería amargada por el recuerdo de algunas contiendas rudas que tuvimos, si no fuese porque al fin llegamos á una completa y cordial reconciliación, y porque, unos pocos días antes de su muerte, tuve el placer de recibir de él muestras de bondad y de estima, de que siempre conservaré grata memoria.»—Discurso pronunciado por Macaulay en Edimburgo en 1852.

Traje á casa y lei el *Preludio*. Es una *Excursión* más pobre: la misma clase de defectos y de bellezas; pero mayores las faltas y menores las bellezas, no sólo en sí mismas, sino también porque, en fuerza de repetirse, las faltas hieren más y las bellezas agradan menos. El tema es el tema añejo. Los antiguos transportes frente á las montañas y las cataratas; la antigua filosofía insustancial acerca del efecto del paisaje sobre el espíritu; la antigua metafísica mística y lela; el mismo páramo interminable de pesada é insípida palabrería, y acá y allá, diseminadas, algunas hermosas descripciones y enérgicas declamaciones. El relato de la Revolución francesa y de su influjo sobre el carácter de un joven entusiasta se reproduce más extensamente y con menor fuerza y pasión que en la *Excursión*. El poeta es jacobino en grado supremo, verdaderamente socialista. Comprendo perfectamente por qué Wordsworth no quiso publicarle durante su vida.

Repasé las obras póstumas de Coleridge. ¡Qué flojas son algunas de sus críticas en punto á estilo! ¡Pensar que afirma que, antes de la revolución, apenas usó ningún escritor inglés el genitivo sajón, á no ser con nombres que designasen seres animados ó que debiesen emplearse como personificaciones! Como veinte versos de Shakespeare me ocurrieron en cinco minutos...

Macaulay pasó el mes de Setiembre de 1850 en una deliciosa *villa* al Sur de la isla de Wight. Las cartas en que insta á Mr. Ellis á participar de su retiro podrán no tener la belleza poética de la invitación de Horacio á Mecenas y de la invitación de Tennyson á Mr. Maurice; pero el agasajo, material é intelectual, que aguardaba á un huésped en Madeira Hall, no ce-